

Y nada notable encuentran.
 Torna a Doña Inés el rostro
 Súbito Aranda, y observa
 Que está con plato y cuchillo
 Jugando con indolencia,
 Entrecerrados los ojos,
 De afectación sin dar muestras.
 Que fué el espejo encantado
 Por arte mágica piensa,
 O que sus propios sentidos
 El vino a turbar empieza.
 Embelesado admiraba
 De Inés la beldad suprema
 Desechando los recelos
 Que a su dicha se atraviesan,
 Cuando en el seno ondulante,
 Que brilla como azucena
 Al través de ricas blondas
 Con que se recata a medias,
 Hállala prendido el ramo
 De heliotropo y madreselva
 Que, audaz y a solas, Francisco
 En la mañana la diera.

Y el noble que ante la corte
 Su indignación no refrena
 Y en su rey, siendo vasallo,
 Puso sacrílega diestra;
 Sin respetarse a sí mismo,
 De extraños en la presencia,

Rompe el cristal de su honra
 Que, roto, jamás se suelda.
 Y en uno de aquellos ímpetus
 De cólera que le ciegan,
 Crispado el labio y convulso,
 Hinchadas todas sus venas,
 Los ojos chispas echando,
 Juntas las pobladas cejas,
 Arranca el ramo de flores
 De afecto bastardo prenda,
 Del seno de Inés, y al rostro
 Se las arroja, diciéndola:
 —Esto merece quien mancha
 De mi blasón la limpieza.

Cae desmayada en la alfombra
 Inés, y salta cual fiera
 Sobre Francisco Don Lope
 Y entre sus brazos le cierra;
 Mas, acudiendo Román
 Y el padre del mozo, a fuerza
 Logran, al fin, separarlos
 Echando a Francisco fuera.
 Y como al trueno del rifle
 Turba de palomas vuela,
 Sobresaltadas las damas
 Corren, ganando las puertas.—
 Mudo y temblando el hidalgo
 Con espantosa violencia,
 Se va a su alcoba, y al lecho,

Perdida ya la cabeza,
 Cual tronco inerte se arroja
 Dando a su venganza treguas.

VIII

El crimen.

Quedó convertida
 La casa en desierto,
 Damas y galanes
 Tomando ligeros
 Las vías que tienen
 La villa y el pueblo.
 Desde antes habían
 Músicos y obreros,
 Dando fin al rico
 Festín suculento,
 A ranchos y haciendas
 O a sus chozas vuelto.
 El patio recorren
 No pocos domésticos
 De mesas y adornos
 Quitando los restos,
 Y hecha su faena,
 Recógense luego.

Mueren las fogatas,
 Cesa todo estruendo,
 Reina obscura noche
 En el firmamento;
 Con ella en la tierra
 Su hermano el silencio,
 Que sólo interrumpen
 En el llano extenso
 A veces con ronco
 Ladrido los perros.

Quitadas las joyas,
 El cabello suelto,
 Rojas las mejillas,
 Mal velado el seno,
 Del cuarto de Aranda
 Que ha quedado abierto,
 La hermosa Inés sale
 A tomar el fresco.
 Abriga en su mente
 Horribles proyectos,
 Y del corredor
 En el antepecho
 Reclínase y busca,
 Los ojos volviendo
 A un lado y al otro,
 Sombra o bulto inquieto,
 Estando segura
 De que habrá de verlo.
 Y anhela entretanto

Ráfaga de viento
 Que apague propicia
 De su rostro el fuego;
 Mas natura duerme
 Letárgico sueño,
 Precursor acaso
 De huracán violento;
 La hojilla esta inmóvil
 En el tallo tierno;
 De la infiel esposa
 Comprímese el pecho.

Testigo hace poco
 Del lance funesto
 Que hubo en el convite;
 Respirando celos,
 Su falta de audacia
 Quizá maldiciendo,
 Román en la sombra
 Se oculta, no lejos
 De aquella que causa
 Su inútil tormento.
 De Inés las miradas,
 El enojo ciego
 De Lope, el escándalo
 Que dió el caballero,
 Sospechas le infunden
 Y es su alma un infierno.
 Se halla decidido,
 Rasgando los fueros

De honor y decoro;
 Que hasta aquí pusieron
 Candado a sus labios,
 Coto a sus intentos,
 A obtener la llave
 De aqueste misterio
 Pidiendo a Inés cuenta
 De tales sucesos.
 Dirígese a hablarla,
 Mas queda suspenso
 Al oír los pasos
 Del otro mancebo
 Que a Inés llega y dice,
 Turbado el aliento:
 —Soñaba insensato
 De dichas un cielo:
 Tal vez lo veía
 En los ojos vuestros;
 Mas ¡ay! que ya herido
 Sin honra despierto,
 Ludibrio de extraños,
 De lástima objeto,
 Presa de furores
 Que cebar no puedo.
 Matar al esposo
 Fuera, Inés, perderos,
 Y si no le mato
 La vida yo pierdo.
 Siendo, pues, terribles
 Entrambos extremos,

Antes que amanezca
 Para siempre os dejo.
 —¡Qué! ¿Te vas, Francisco?
 ¡Desdichada! ¡Oh cielos!
 ¿Qué va a ser de mí
 En trance tan fiero?
 ¿Tienes, por ventura,
 A mi esposo miedo . . . ?
 —Ha poco en la sala,
 Al ver que del seno
 Os quitó las flores
 Prenda de mi afecto,
 Y al sentir sus manos
 En mi rostro luego,
 Si Román y otros
 No se han interpuesto,
 Lavando mi afrenta
 Le hubiera yo muerto
 Con este cuchillo
 Que en esos momentos
 Vuestra linda mano
 Soltó, y que del suelo
 Recogí, señora,
 Y conmigo llevo.
 Después he pensado
 Que fuera gran yerro
 Matar a Don Lope,
 Y de vos me ausento.
 —Haces bien, y es justo
 Que descargue el peso

De su enojo Aranda
 Sólo en mí, ¿no es esto?
 Vuelto a sus sentidos,
 A sus manos muero,
 Que está de mi sangre
 Cual tigre sediento.
 ¡Mal haya, Francisco,
 Quien pone su afecto,
 Contra sus deberes
 Y afrontando riesgos,
 En seres mezquinos
 Tímidos ó necios!
 —Me halagais, señora,
 Y me herís a un tiempo.
 ¡Oh suprema dicha!
 ¿Me queréis?—Te quiero.
 —Mandadme.—Fundado
 Tu temor encuentro;
 Antes que amanezca
 Vete.—Aquí me quedo.
 —¿Qué dices? ¿Variaste
 De planes tan presto?
 —De vuestro cariño
 Estando ya cierto,
 No puedo alejarme,
 Dejaros no puedo.
 —Mira que la vida
 Te va de por medio.
 —Es muerte arrastrarla
 De quien se ama lejos.

Mas ¿por qué no huimos
 Los dos?—Porque temo
 Que Aranda nos vaya
 Los pasos siguiendo.
 Diera con nosotros,
 Francisco, aunque fuéramos
 Por tierras ignotas
 Del mundo al extremo.
 —¿No pensais que, en tanto,
 Dichosos seremos?
 —Dicha así mezclada
 De afanes detesto.
 Oyeme: si Lope
 De ataque apoplético
 Que inmóvil le tiene
 Agora en el lecho,
 Reponerse logra,
 Fallan mis proyectos
 Y entonces te alejas,
 Ya te lo prevengo.
 Tu vida me es cara
 Y está, lo confieso,
 Vendida, pues Lope,
 A la suya vuelto,
 Muerte con su espada
 Te da sin remedio.
 Mas de lo contrario,
 ¿Qué decirte puedo...?
 Mucho has padecido,
 Tiempo ha que lo advierto

Y en mi pecho cunde
 Del tuyo el incendio.
 —¡Oh Inés!—¡Oh Francisco!
 —¿Me queréis?—Te quiero.
 —¿Morirá Don Lope?
 —Lleva trazas dello.
 —¿Le creéis tan grave?
 —Por tus ojos verlo
 Convertido en tronco
 Puedes al momento.
 Hay luz en el cuarto:
 Míralo, está abierto;
 Nadie está con Lope;
 ¡No le tengas miedo!

En el punto mismo
 En que va resuelto
 De Lope a la alcoba
 Entrando el mancebo,
 Román que ha seguido
 De Inés en acecho,
 Lo que hablando estuvo
 Sin oír empero,
 A su vez la dice,
 Súbito saliendo:
 —No son infundados
 Del tío los celos
 Como me afirmásteis,
 Según lo que advierto.
 —Cállate, Román,